

Un Fuego Ardiente Metido en Mis Huesos: Jeremías 20:2

Un sermón escrito por Bob Young

Introducción

En Lucas 12:49, encontramos un pasaje interesante: “Vine a traer fuego a la tierra y como quisiera que ya estuviera ardiendo.”

Vino Jesús para que hiciera una diferencia en este mundo—sacudiendo los espíritus, abriendo las fuentes de redención, desarrollando en los seres humanos una ansiedad respecto a regeneración, nos ayudando para que hiciéramos las preguntas difíciles: ¿de donde vinimos? ¿a donde vamos? ¿Porque estamos aquí?

Existe hoy una crisis de fe. De externo, en el mundo vemos liberalismo, materialismo, humanismo, individualismo, hedonismo. En el mundo religioso, encontramos ecumenismo, teologías flácidas, ignorancia de las enseñanzas básicas de la Biblia. Sin embargo, el fracaso más grande es el interno. Nosotros cristianos estamos fracasando muchas veces—fracasando a Dios, fracasando actuarnos, fracasando nuestras familias, fracasando nuestros vecinos, fracasando a nosotros mismos, fracasando el mundo.

Al cristianismo, a las Iglesias, urgentemente les hacen falta hombres y mujeres quienes pueden enviar un fuego al mundo, hombres y mujeres genuinamente convertidos y cambiados. Nos faltan los que vean el propósito eterno de Dios, los que tengan el mensaje autentico en el corazón, los motivados por el amor de Cristo, los obedientes al llamamiento de Dios. Sin duda, estas palabras deben describir a todos nosotros, pero no lo hacen. Así, otro fracaso.

A veces, experimentamos el fracaso porque no nos hemos preparado. Otras veces, lo experimentado porque no hemos contestado el llamamiento de Dios, aun cuando estamos preparados.

Nos llama Dios.

El libro antiguo testamentario del profeta Jeremías es sumamente interesante. Se puede dividir el Libro de Jeremías en tres partes principales. Podemos llamar la primera parte, «la Palabra de Dios» (Jeremías 1:1-25:38). La segunda parte es «las palabras de Jeremías» (26:1-45:5). Y la tercera división del libro puede ser llamada «Concerniente las Naciones» (46:1-52:34). Pienso seleccionar un versículo bien conocido tomado de la primera división del Libro de Jeremías, 20:9. Aquí, el profeta plañidero exclamó, «Y dije: No me acordaré más de él, ni hablaré más en su nombre; no obstante, había en mi corazón como un fuego ardiente metido en mis huesos; traté de sufrirlo, y no pude.» ¿Por qué se sintió así?

Bueno, Jeremías 18:18 narra el complot contra el profeta. Dijeron, «venid y maquinemos contra Jeremías.» Quisieron acusarlo para que lo mataran y se pusieron de acuerdo de no hacer caso de ninguna de sus palabras. Por haber predicado dos parábolas impopulares, el sacerdote Pasur «azotó al profeta Jeremías, y lo puso en el cepo» (Jeremías 20:2). Pasur era el oficial máximo del templo que a veces estuvo encargado de la supresión de las opiniones impopulares. Quiso callar el mensaje por abusar e intimidar al mensajero.

Esa persecución fue el primer sufrimiento físico que Jeremías tuvo que experimentar. Por lo tanto, nuestro texto en Jeremías 20:9 es la última y la más triste de las varias «confesiones» hechas por el

profeta. En los versículos 7-8, se quejaba de que Dios le hubiera engañado. Jeremías sólo quería hacerse el vocero de Dios, pero por eso estuvo escarnecido. Decidió dentro de sí a dejar el ministerio de la prédica para evitar el dolor y la pena. «No obstante, había en mi corazón como un fuego ardiente metido en mis huesos; traté de sufrirlo, y no pude» (Jeremías 20:9). Pero, en el versículo 11 su oración es contestada y el profeta recibe una nueva confianza. Queremos enfocarnos en el significado de este texto.

El fuego que sentía Jeremías en sus huesos era un fuego espiritual, un fuego que vino de Dios. Le llamó Dios a Jeremías (1:5). El llamamiento de Dios no es lo mismo para toda persona. No se usa el modo idéntico para todos. Por ejemplo, el llamamiento de Isaías era distinto (Isa 6). Dios llamó a Ezequiel a través de visiones espectaculares (Ezeq 23). El llamamiento de Jeremías, en contraste, nos parece bien natural, usual. Vino la palabra de Dios a Jeremías. Jeremías protestó, tal como yo usted lo hacemos. Pero Dios estaba llamando a Jeremías. Dios estaba poniendo el fuego en los huesos de Jeremías.

Es un llamamiento que nos consume.

Cuando este a dentro de nosotros el fuego, estamos consumido. El fuego interno enfrenta el frío espiritual en el mundo, pero de primero enfrenta el frío espiritual a dentro de nosotros. Dice Salmo 39:3, comienza el fuego por meditación. Jeremías sintió el fuego. Jeremías contestó el llamamiento de Dios.

Con frecuencia, la presencia de Dios a dentro de nosotros no nos consume, con resultado que el mundo pregunta si está realmente presente Dios en nuestras vidas. Escúcheme. El fuego puede arder invisible, escondido, pero eventualmente brota y se incendia. La recepción fría del mensaje en el mundo, el hecho que el mensaje no consume a corazones, se explica por la recepción fría del mensaje entre la gente de Dios, la falta de acción en las vidas del pueblo de Dios. La ignorancia espiritual del mundo se explica por la ignorancia espiritual entre nosotros.

Es un llamamiento convincente.

La actitud de Jeremías es claro en 14:15-18. No sabemos cómo murió el profeta. Sabemos que contestaba el llamamiento de Dios aun cuando significó persecución por sus compatriotas, o la muerte. La tradición dice que murió Jeremías en Tafnes, apedreado por su propia gente. Sin duda, sufrió persecución, aun la prisión, pero el llamamiento convincente de Dios no se puede ignorar.

En las partes más profundas de nuestros corazones, hemos deseado hacer mas que estamos haciendo en cuanto a misiones. Quiero dar más. Quiero hacer mas. Quiero involucrarme mas. Hermano, hermana, haga lo que Dios está poniendo en su corazón que debe hacer.

Solo los que oigan el llamamiento de Dios, y presten atención, pueden hacer una diferencia en el mundo. Debemos saber el valor de nuestra fe. Hemos reclamado el fuego de Dios sin la llama de Dios. Casi no existe el fuego en demasiados corazones. Fe debilita, corazones dudan. Pero no tenemos que ser así.

Es un llamamiento continuo.

Dijo Dios, diga lo que le ordene (1:7). Con el ardiente fuego de su propósito (o su misión) a dentro de sí mismo, dio el sermón mas corte de la Biblia, Jeremías 22:29. Ya sea que el mensaje de Dios es una espada que trae la guerra o sea que él es una ofrenda que trae la paz, nos llama

Dios para que sigue esparciendo el mensaje. Lo hacemos cuando vamos al mundo por ir a los rincones y a las esferas de nuestros propios mundos.

A veces el llamamiento de Dios no es continuo para nosotros cristianos hoy en día porque hemos perdido la vista del propósito de Dios y del propósito de nuestras vidas. Nuestra pregunta corresponde al de Jeremías, 20:18. Servir a Dios es una tarea difícil, llenada de obstáculos. Para sobrevenir los obstáculos, el siervo de Dios debe guardar una visión clara de su misión.

Es un llamamiento centrado.

El llamamiento de Dios va al centro de nuestro ser porque el llamamiento es el centro del evangelio. De hecho, llegamos a ser cansados. El pesimismo nos desafía. Encontramos desanimo espiritual. Nuestra reacción es como la de Jeremías. Tal vez, tratamos de escondernos de Dios. Elías escapó de Jezabel, entonces arguyó con Dios, tratando de justificar la deserción. Siempre es más fácil que no contestamos el llamamiento de Dios. Hay muchas cristianos que están arguyendo con Dios sobre por qué no pueden ser más generosos, más involucrados, más activos, más fieles....

Jeremías estaba perturbado, 15:18. Discuto la dilema con Dios, juro olvidarse el llamamiento de Dios, pero el fuego centrado a dentro de sus huesos, y su identidad como una persona de Dios en el centro de su ser demandaron que el respondiera, 23:29.

Otra manera de explicar el llamamiento de Dios es el siguiente:

Hay un llamamiento que viene de arriba. Es de Dios.

Hay un llamamiento que hace eco de abajo. Es el de Satanás.

Hay un llamamiento que origina dentro de nosotros. Responsabilidad.

Hay un llamamiento alrededor de nosotros. Hace eco de todas partes del mundo.

Conclusión

En la vida de todo siervo de Dios, siempre hay dificultades, valles de depresión, cumbres de optimismo. Entre las tempestades de la vida, siempre hay un lugar tranquilo de Dios. En las tinieblas, ilumina la luz. El hijo de Dios no se puede ausencia de Dios porque Dios está dentro de nosotros, él es el centro de nuestro ser y nuestra identidad. Nos llama, nos consume, con nosotros continua, nos convence, nos calma.

Este es la verdad de Jer. 20:7-9. El fuego en los huesos le dijo a Jeremías que Dios estaba presente (1:8). El podría ver a Dios al lado, como siempre (20:11).

Dios nos llama, y más nos promete su presencia con nosotros, al contestar nosotros el llamamiento. El no llama vez tras vez. Los corazones anhelan contestarlo. Dios no llama para que digamos el evangelio al mundo, para que envíemos la luz, para que llevemos el evangelio a los rincones de nuestras esferas y nuestros mercados, para que evangelicemos el mundo.